

# EL ODIO:

## Segundo disipador controlentrópico del caos social

(\*) Por: Andrés Simón Moreno Arreche

### RESUMEN:

**L**os disipadores del caos social pueden ser considerados, a priori como elementos del control social, que es el conjunto de prácticas, actitudes y valores destinados a mantener el orden establecido en las sociedades. Aunque a veces el control social se realiza por medios coactivos o violentos, el control social también incluye formas no específicamente coactivas, como los prejuicios, los valores y las creencias. Entre los *medios de control social* tradicionalmente aceptados como tales están las normas sociales, las instituciones, la religión, las leyes, las jerarquías, los medios de represión, la indoctrinación, los comportamientos generalmente aceptados y los usos y costumbres (sistema informal, que puede incluir prejuicios) y leyes (sistema formal, que incluye sanciones).

La sociología moderna reconoce seis tipos de controles: El control físico, que es la fuerza, la violencia, el castigo que se aplica al individuo que la sociedad determina está fuera de las normas establecidas; el control social primario y aquí nos referimos a la familia; el control político que se ejerce a través de las leyes, con la intervención del gobierno y con la aplicación de esas leyes; el control ético que se refiere a las costumbres; el control de clases también llamado 'de las ocupaciones' que se imbrica en la estructura misma de las sociedades y el control de las estratificaciones, un control que alude a otros aspectos, no solo económicos sino también culturales.

¿Dónde encaja 'el odio' como control social? ¿Por qué lo identificamos como un 'disipador controlentrópico' del caos social? ¿Hasta cuál punto el odio inhibe la entropía social y cuáles son las circunstancias que lo transforman en un disparador de la entropía? En el presente ensayo pretendemos arrojar luces sobre estas cuestiones para imbricar los resultados del análisis del odio a la formulación ulterior de un teorema del caos en la estructura social.

## 1.- APROXIMACIONES HACIA UNA TEORÍA DEL OUDIO

Desde una perspectiva epistemológica, el enfoque cognoscente del odio es definido como un sentimiento negativo, de profunda antipatía, disgusto, aversión, enemistad o repulsión hacia una persona, cosa, situación o fenómeno, así como el deseo de evitar, limitar o destruir aquello que se odia. Así concebido, el odio se fundamenta en el miedo a su objetivo, ya sea justificado o no, o más allá de las consecuencias negativas de relacionarse con él. El odio se describe con frecuencia como lo contrario del amor o la amistad, pero otros investigadores sociales, como Elie Wiesel<sup>1</sup>, consideran a la indiferencia como lo opuesto al amor. Para él, el odio puede generar aversión, sentimientos de destrucción, destrucción del equilibrio armónico y ocasionalmente autodestrucción, aunque la mayoría de las personas puede odiar eventualmente a algo o alguien y no necesariamente experimentar estos efectos.

Desde la historia de Abel y Caín, miles de relatos bíblicos y profanos nos recuerdan que el odio era un asunto pre moderno. Luego, en la modernidad, las batallas por la emancipación de los hombres, la formación de naciones y las disputas entre Estados nacionales, las empresas colonizadoras y la resistencia contra ellas son evidencias de que el odio no escaseó tampoco en esta época. Sin embargo, desde la Ilustración el furor y la crueldad vienen combinándose, más que nunca, con teorías dedicadas a explicarlos y contenerlos: la interpretación hegeliana de la historia como conflictos entre amos y esclavos, la marxista como lucha de clases, y las que trataron de dar cuenta de por qué colonizadores y colonizados, hegemónicos y subalternos, hombres y mujeres, se llevaban tan mal.

En esta proliferación de intentos por conjurar el odio, quizá el relativismo antropológico fue su elaboración más sofisticada. Ni bien terminada la matanza de la segunda guerra mundial, en 1947, la Asociación Antropológica Norteamericana, teniendo en cuenta *“el gran número de sociedades que han entrado en estrecho contacto en el mundo moderno y la diversidad de sus modos de vida”*, presentó a las Naciones Unidas un proyecto de Declaración sobre los Derechos del Hombre que aspiraba a responder a esta pregunta: *“¿Cómo la declaración propuesta puede ser aplicable a todos los seres humanos y no ser una declaración de derechos concebida únicamente en los términos de los valores dominantes en los países de Europa occidental y América del Norte?”* A partir de *“los resultados de las ciencias humanas”*, propusieron tres puntos de acuerdo:

1º) “El individuo realiza su personalidad por la cultura; el respeto a las diferencias individuales implica por lo tanto un respeto a las diferencias culturales”.

2º) “El respeto a esta diferencia entre culturas es válido por el hecho científico de que no ha sido descubierta ninguna técnica de evaluación cualitativa de las culturas” [...] “Los fines que guían la vida de un pueblo son evidentes por ellos mismos en su significación para ese pueblo y no pueden ser superados por ningún punto de vista, incluido el de las pseudo verdades eternas”;

3º) “Los patrones y valores son relativos a la cultura de la cual derivan, de tal modo que todos los intentos de formular postulados que deriven de creencias o códigos morales de una cultura

---

<sup>1</sup> **Elie Wiesel** (Sighet, 1928) *Celebración bíblica: relatos y leyendas del Antiguo Testamento* (1972), y *Contra la melancolía* (1996) Premio Nobel de la Paz 1986 /

deben ser en esta medida retirados de la aplicación de toda Declaración de los Derechos del Hombre<sup>2</sup> a la humanidad entera!”.

Pero el odio no es necesariamente irracional o inusual. Para algunos psicólogos estructuralistas, odiar es razonable, entendiendo tal sentimiento como una aversión que se suele enfocar hacia la gente o a las organizaciones que amenazan la existencia, o que hacen sufrir, o cuya supervivencia se opone a la propia y entonces surge un sentimiento, que puede ser individual o grupal, a partir del cual se odia a lo que se opone a la salud y al bienestar.

Con la finalidad de permitir que surja una teoría psicoanalítica contemporánea del odio rencoroso y vengativo, debemos clarificar la distinción entre odio rencoroso y vengativo e impulso agresivo, y entre odio rencoroso y vengativo y rabia narcisista. Expuesto de forma diferente, debemos considerar hasta qué punto el odio rencoroso y vengativo es principalmente un derivado del impulso agresivo o un producto de descarga de él, tal como la psicología del yo a menudo sostiene. ¿O es el odio rencoroso y vengativo mejor conceptualizado desde el punto de vista de los teóricos de las relaciones objetales como resultado de la identificación proyectiva? ¿O es el odio rencoroso y vengativo un producto de fragmentación resultado de las fallas empáticas que amenazan la cohesión del self, desembocando en rabia narcisista, tal como los psicólogos del self han mantenido? Basando los intentos de re conceptualizar el odio rencoroso y vengativo en la teoría de sistemas motivacionales, miremos hacia las conceptualizaciones fundamentales de “impulso agresivo” y de “rabia narcisista”, para luego voltear la mirada en dirección a las “recompensas” del odio rencoroso y vengativo que identifican el poderoso y ubicuo lugar que el odiar tiene en la existencia humana, y para distinguir entre “el odiar” del uso común y el “odio rencoroso y vengativo”.

### **El impulso agresivo:**

La interpretación freudiana de la agresividad pasó por tres fases sucesivas. En un primer momento Freud interpretó el aspecto agresivo del comportamiento como parte constituyente del instinto sexual. Esto sucedía en el periodo inicial de sus estudios, cuando su atención se hallaba centrada en el instinto sexual, considerado el elemento fundamental en la aparición de las neurosis. Freud<sup>3</sup> consideraba que el componente agresivo consistía en la tendencia a querer dominar el objeto de amor, y que su origen era incierto. Por consiguiente, según dicha hipótesis, la agresividad sería un aspecto del impulso sexual, y la agresión, es decir el comportamiento agresivo, un componente del comportamiento sexual, subordinado a este último y tendente a superar los obstáculos que pudieran interponerse en la consecución del placer. Sin embargo, más tarde Freud, a través de la observación más objetiva de los impulsos sádicos de sus pacientes y de los juegos de los niños, en ocasiones crueles con los animales, llegó a considerar la agresividad como un impulso agresivo autónomo, independiente de la sexualidad.

En esta segunda interpretación del fenómeno, la agresividad se configura como una manifestación de los impulsos del Yo, tendentes a la auto-conservación y al control de la realidad, y en concreto como una manifestación típica de tales impulsos en la superación de las frustraciones. Básicamente la agresividad, en este momento del pensamiento freudiano, no se considera aún como un impulso autónomo, sino como una modalidad de expansión del Yo, regulable según los dictámenes de la realidad y tendente a proteger al individuo.

---

<sup>2</sup> La **Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano** aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente francesa el 26 de agosto de 1789 es considerada uno de los documentos fundamentales de la Revolución francesa en cuanto a definir los derechos personales y colectivos como universales.

<sup>3</sup> **Sigismund Schlomo Freud** (Freiberg, 6 de mayo de 1856 - Londres, 23 de septiembre de 1939), más conocido como **Sigmund Freud** fue un médico y neurólogo austriaco, creador del psicoanálisis. / *Psicopatología de la vida cotidiana*. Versión en inglés

El desarrollo del pensamiento freudiano siguió luego otra dirección, poniendo de nuevo en discusión incluso este último planteamiento y llegando al punto final de su teoría de la agresividad, punto en que ésta es considerada como un impulso autónomo definido como “instinto de muerte” o “instinto de Thanatos” (que en la mitología griega es el dios de la muerte). El instinto de muerte se considera una tendencia que actúa en silencio, invade toda la vida de los individuos y se manifiesta en forma de impulsos agresivos, en origen orientados hacia ellos mismos (masoquismo) y sólo más tarde orientados hacia objetos externos (sadismo). Según esta última hipótesis los instintos fundamentales humanos serían dos: el “instinto de vida” o “instinto de Eros” (amor, en lengua griega), del que derivan los impulsos sexuales y que tiende a la conservación de la vida y a la obtención del placer, y el “instinto de muerte” o “Thanatos”, del que derivan los impulsos agresivos, expresión de la tendencia de toda la materia viva a volver al estado inorgánico, a la disolución, a la muerte. El amor y el odio son las representaciones afectivas de estas dos tendencias. La vida aparece como la resultante del antagonismo y de la colaboración entre instintos de vida e instintos de muerte y por tanto entre amor y odio.

El pensamiento de Freud a tal respecto no se cuenta entre los más claros y sobre todo resulta difícil aceptar su particular concepto de la vida al servicio de la muerte, entendida como el estado en el que el organismo se libera completamente de toda tensión, el estado originado absoluto, anterior a la aparición de la propia vida. Él mismo aclararía en parte dicho concepto en sus escritos posteriores, en los que queda subrayado el papel que desempeñan los instintos agresivos en la vida psíquica individual y en la social. Se confirma, con cierto pesimismo, la existencia en el hombre de un poderoso deseo de agresividad que forma parte de los instintos humanos, por lo que la esperanza de quienes desearían erradicar las tendencias agresivas de los hombres, y de esta forma provocar la desaparición de la agresividad y de la violencia que alteran el armónico desarrollo de la sociedad, es una ilusión.

En el desarrollo del pensamiento psicoanalítico posterior a Freud<sup>4</sup>, la hipótesis del instinto de muerte enfrentado al instinto de vida no fue en general aceptada, y se volvió a considerar la agresividad como impulso fundamental del hombre, con una base instintiva pero también, y sobre todo, con una función necesaria para la conservación de la vida. Según estos investigadores, el instinto agresivo no tiene nada que ver con el instinto de muerte de Freud, pero constituye la base de toda aspiración humana a la independencia y a la afirmación individual.

Más que con un instinto específico, la agresividad se relaciona con las necesidades típicas de exploración y de movimiento, tanto del hombre como del animal. Representa un modo y un medio a través del cual el hombre trata de extender su dominio sobre la realidad, de proteger su seguridad y de afirmar su propia identidad. La agresividad es en definitiva la expresión de una tensión más general del hombre a dominar el ambiente y a auto-realizarse, y su transformación en destructividad o en violencia es sinónimo de una falta de adaptación a la realidad. La destructividad y la violencia no formarían por tanto parte de la naturaleza del hombre, sino que serían más bien el resultado de un cierto tipo de educación y de aprendizaje, los síntomas de una mala adaptación a la realidad. Según dicha teoría, esta falta de adaptación tiene sus raíces en la infancia y se va agravando con el desarrollo de la persona, debido a la ausencia de compensaciones (o satisfacción a sus requerimientos) y por intolerancia ante las frustraciones.

Concluimos que la agresión en el ser humano no es, entonces, un instinto autodestructivo, ni tampoco es un instinto impersonal. La respuesta agresiva humana se da en dos circuitos: El circuito neurofisiológico infra consciente y el circuito auto consciente. En una persona sana, la

<sup>4</sup> **Norberto M. Leiberman de Bleichmar, Celia** (1997 (reedición 1999)). *El Psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica*. Con la colaboración de Silvia Wikinski. México: Editorial Paidós. ISBN 978-968-853-351-2.

respuesta fisiológica automática al estímulo amenazante queda subordinado, integrado en la respuesta consciente y aún modulado por ella. En este punto, la respuesta humana agresiva no difiere de una gran cantidad de conductas humanas, como la percepción, en donde se integran procesos neurofisiológicos involuntarios y voluntarios, dominados por el Yo consciente.

La etología moderna establece la función positiva del impulso agresivo para la sobrevivencia del gen y rechaza la noción de un instinto de muerte autodestructivo. Esta idea (la de un impulso masoquista primario) con una función autodestructiva ha sido criticada también por teóricos psicoanalíticos como Reich, Fairbairn y Bowlby<sup>5</sup>, aunque este último acepta la noción de un impulso autodestructivo innato y ubica el origen de la agresión y la angustia en las relaciones objetales: Ira y angustia.

### **La rabia narcisista:**

Toda frustración puede provocar algún tipo de angustia narcisista y de agresividad como respuesta o reacción de un Yo amenazado en su integridad, que procura reestructurar la imagen de Si del sujeto elevándola a un plano de superioridad y fuerza. Esa furia narcisista es una impugnación al Otro y su destitución a un plano inferior, procurando recomponer el balance, la homeostasis narcisista. La envidia kleiniana<sup>6</sup> se puede pensar desde esa perspectiva del narcisismo: el displacer narcisista, extrema frustración narcisista al compararse el sujeto en su inferioridad con la omnipotencia del otro, que lo posee todo. Esto genera una extrema agresividad que procura invertir la relación subjetiva.

Los trastornos narcisistas se presentan como un malestar difuso que lo invade todo, un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida. La crispación neurótica se sustituye por la flotación narcisista, y al acercarse a la terapia, la actitud de estos pacientes no es la de quien está pidiendo ayuda, sino la del que inicia un espectáculo en el que va a exhibirse. Las frustraciones, la crítica en su entorno y los aspectos displacientes de la realidad, pueden provocar reacciones llamadas de "rabia narcisista", por lo desproporcionadas y violentas. Dichas rabias pueden obnubilar la conciencia y a veces crear reacciones francamente psicóticas, aunque transitorias y con características paranoicas.

La rabia narcisista entiende la agresividad como instrumento-tecnología-estrategia del sujeto sobre el otro y sobre sí mismo: ella opera de ese modo procurando reestructurar la imagen de sí del sujeto y la del otro concomitantemente, porque la agresividad en general significa fuerza, poder y razón (el que se enoja esgrime el enojo como prueba de que tiene razón). De ese modo el agresivo se representa o imagina a sí mismo como fuerte, potente y razonable.

---

<sup>5</sup> **Wilhelm Reich** (Dobrzanica, Galitzia, Imperio Austrohúngaro, 24 de marzo de 1897 – Lewisburg, Pensilvania, EE.UU., 3 de noviembre de 1957) fue un inventor, postulador de la teoría del orgón, médico, psiquiatra, psicoanalista austriaco-estadounidense.

**William Ronald Dodds Fairbairn** (11 de agosto de 1889 - 31 de diciembre de 1964) fue un teólogo, filósofo, médico y psicoanalista inglés, miembro de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Uno de sus principales aportes al paradigma psicoanalítico fue el haber brindado un punto de vista alternativo respecto a la libido, pensándolo como la búsqueda de un objeto, en contraposición con la postura de Freud que la consideraba como la búsqueda de placer.

**John Bowlby** (26 de febrero de 1907, Londres - 2 de septiembre de 1990, Isla de Skye, Escocia) fue un psicoanalista inglés, notable por su interés en el desarrollo infantil y sus pioneros trabajos sobre la teoría del apego.

<sup>6</sup> **Melanie Reizes Klein** (Viena; 30 de marzo de 1882 - Londres; 22 de septiembre de 1960); psicoanalista austriaca y creadora de una teoría del funcionamiento psíquico. Hizo importantes contribuciones sobre el desarrollo infantil desde la teoría psicoanalítica y fundó la escuela inglesa del Psicoanálisis.

Cuanto más extenso y calificado es “el eje del mal”, más justifica el agresor su agresividad, sobre todo si su palabra ha perdido eficacia mutativa. Esta dimensión instrumental, tecnológica –estratégico de la agresividad narcisista es estrictamente intersubjetiva: es un modo de relación con el otro y de acción sobre él, procurando someterlo al deseo del sujeto. Es un instrumento de poder dentro de la estructura narcisista del sujeto, aunque persiga también fines sexuales.

Este es el lado performativo, realizativo, pragmático, conativo y comunicativo de la agresividad, distinto del expresivo – afectivo; no podemos perder de vista que la agresividad es como una modalidad de discurso y como tal posee las funciones del mismo; no es mera afectividad o simple expresión de un afecto. Es como una discursividad, como una racionalidad instrumental, consciente e inconsciente, próxima a la voluntad de poder nietzscheana, cuyo objetivo final consiste en asegurar el poder sobre otro sujeto, el dominio sobre el objeto en eco con la pulsión de poderamiento freudiana o con fantasías mágico omnipotentes.

### **El odio como rencor vengativo:**

Spinoza<sup>7</sup> da, respecto del odio, una definición opuesta a la que establece para el amor, pero formalmente similar. Escribe al respecto:

*“El que imagina que aquello a que tiene odio está afectado de tristeza, se alegrará; si, por el contrario, lo imagina afectado de alegría, se entristecerá; y uno y otro afecto será mayor o menor según sea mayor o menor el afecto contrario en aquello a que tiene odio”.*

Nótese que, cuando alguien se alegra por la tristeza ajena, ese sentimiento puede manifestarse en forma de burla, mientras que, cuando alguien se entristece por la alegría ajena, estamos en presencia del sentimiento de la envidia. Por lo que podemos decir que el odio es una actitud que se manifiesta en forma de burla y envidia, al menos desde un punto de vista general. Spinoza escribió:

*“Estos afectos de odio y otros similares se refieren a la envidia, que por eso no es nada más que el mismo odio, en cuanto se considera que dispone el hombre de tal manera, que se goce en el mal de otro y que, por el contrario, se entristezca del bien de ese otro”*

Fernando Savater<sup>8</sup>, en un ensayo sobre la ira, sostiene que del otro lado están la paciencia y el humor: convoca a la espera que ayudará a “*intervenir en el cambio de circunstancias*”, y a aligerarse con una “*representación humorística de las cosas*”. En el Diccionario de los Sentimientos<sup>9</sup>, José Antonio Marina y Marisa López Penas definen al odio en el territorio de los deseos, sobre todo el de “*hacer daño*”, debido a “*un temperamento frío*” o al resentimiento acumulado con rencor.

<sup>7</sup> **Baruch de Spinoza** (Hebreo: *שפינוזה ברוך*, Latín: *Benedictus de Spinoza*, Portugués: *Benedito de Espinosa*), (Ámsterdam, 24 de noviembre de 1632 - La Haya, 21 de febrero de 1677) fue un filósofo holandés, de origen sefardí portugués, heredero crítico del cartesianismo, considerado uno de los tres grandes racionalistas de la filosofía del siglo XVII, junto con el francés René Descartes y el alemán Gottfried Leibniz

<sup>8</sup> **Fernando Fernández-Savater Martín** (San Sebastián, 21 de junio de 1947) es un filósofo, activista y escritor español. Novelista y autor dramático, destaca en el campo del ensayo y el artículo periodístico. Premio Planeta de novela 2008 con *La hermandad de la buena suerte*.

<sup>9</sup> Este libro no está escrito por sus autores. Reproduce el "Diccionario de los sentimientos" escrito por Usbek, un investigador extraterrestre que quiso averiguar cómo funciona el alma humana, y en principio sólo tuvo como fuente de información lo que los diccionarios dicen acerca de los sentimientos y de todo lo demás.

Mientras que la mayoría de los analistas no subscribirían la creencia en un instinto de muerte que empuja al ser humano hacia un odio asesino dirigido hacia el propio self, o de forma protectora, proyectándolo hacia afuera en forma de odio asesino hacia los demás, muchos relacionarían ambas tendencias destructivas con un impulso agresivo<sup>10</sup>. Fenomenológicamente, el odio maligno (Gabbard<sup>11</sup>), tiene innegables cualidades de presión arrolladora y es parecido al impulso, con poca o ninguna capacidad para la conciencia reflexiva. Para ocuparse del supuesto ampliamente aceptado, basado en la teoría dual de la pulsión, de que el odio rencoroso y vengativo es un derivado de un impulso agresivo primario, es necesaria una apropiada propuesta alternativa apoyada en la investigación y observación del desarrollo infantil.

La teoría de los sistemas motivacionales ofrece esta alternativa: en la infancia más temprana (en realidad en el útero) un sistema motivacional aversivo se desarrolla en respuesta a la necesidad de reaccionar con antagonismo y/o retirada frente a cualquier estímulo distónico interno o externo. Cualquier falla de regulación de cualquier otro sistema –no responder a necesidades fisiológicas, a la intimidad de apego, a la exploración y afirmación de preferencias, o al placer sensual- hará que el infante se lamente, pelee, llore, amenace con el puño, frunza el ceño, se estremezca, desvíe la mirada, retroceda, se ponga rígido, o se ponga flácido. Cuando los cuidadores responden a estos afectos, gestos, y conductas, eliminando la causa de la aflicción o, por lo menos, quedándose a su lado y reconfortándolo (sirviendo como función contenedora (Bion,<sup>12</sup>), el sistema aversivo, durante el primer año de vida, se organizará en torno a señales efectivas.

El enojo es una respuesta a la frustración y puede extinguirse si la frustración se supera o es eliminada. La rabia puede también ser desencadenada por la frustración pero implica un sentimiento de herida narcisista, una ofensa al orgullo, una vergüenza y humillación al sentido del self. El estado de rabia, con su contracción muscular y aumento en el latido cardíaco y presión sanguínea, elimina la sensación de indefensión asociada con el dañado sentimiento del self y lo sustituye por un provisional sentimiento de omnipotencia e invulnerabilidad.

¿Qué causa el odio? Charles Darwin decía que sus raíces estaban en la venganza y en la defensa de los intereses propios. "Si hemos sido o esperamos ser agredidos por alguien (...) ese alguien nos será desafecto; y el desafecto se convierte fácilmente en odio", dijo aquel científico.

Erich Fromm<sup>13</sup> coincide –esta vez desde la Psicología- con la visión de Darwin: el odio surge como respuesta a la "amenaza (de alguien o de algo) a los intereses vitales de una persona". Finalmente, Isaiah Berlin, el célebre historiador de las ideas, aseguraba que el origen de la

---

<sup>10</sup> ver Parens, 1979, y Lichtenberg, 1989, capítulo 7, para una discusión detallada

<sup>11</sup> **Glen Gabbard**. • Doctor en medicina. • Especialista en psiquiatría. • Profesor de Psicoanálisis y Psiquiatría de Brown Foundation • Director de Baylor Psychiatry Clinic (Baylor College of Medicine (Houston, TexasEEUU)

<sup>12</sup> **Wilfred Bion** (1897-1979) médico y psicoanalista británico. Su obra se basa inicialmente en Freud y Melanie Klein, Deja huellas en la escuela californiana de psicoanálisis, entre ellos dos grupos de fanáticos. Se autodenominan "Bion's Babies" y "Kleinianos Furiosos"

<sup>13</sup> **Erich Fromm** (23 de marzo, 1900 - 18 de marzo, 1980) fue un destacado psicólogo social, psicoanalista, filósofo y humanista alemán. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Frankfurt, participó activamente en la primera fase de las investigaciones interdisciplinarias de la Escuela de Frankfurt, hasta que a fines de los años 40 rompió con ellos debido a su heterodoxa interpretación de la teoría freudiana

xenofobia y de su sucedáneo más terrible –el nacionalismo- está en el sentimiento de humillación que un grupo de personas pudiera sentir a causa de otro grupo de gente.<sup>14</sup>

Según parece, la capacidad de odiar forma parte de la condición humana y se alimenta de sus miedos más atávicos y de sus pulsiones más primitivas. En sus escenarios de odio rencoroso y vengativo las personas se mantienen en el pasado e imaginan venganzas en el futuro. Episodios recientes que generan dolor, decepción, envidia, vergüenza, turbación, humillación, y culpa, son absorbidos dentro del escenario. El odio rencoroso y vengativo mantiene una relación similar respecto al odio como el amor romántico respecto al afecto. Desde la infancia en adelante podemos sentir, si bien no originalmente expresado en palabras, “eres bueno conmigo; te quiero”; o, “me haces daño; estoy enojado contigo”. Enojo, rabia, odio (aversión intensa) y temor, son experiencias afectivas de infantes y adultos. El odio rencoroso y vengativo, como escenario, es un desarrollo posterior que requiere maduración del cerebro y desarrollo de cruciales capacidades cognitivas.

Al igual que otros escenarios “de ambición”, lo que los niños y los adultos esperan que ellos puedan realizar en el futuro, un escenario de odio rencoroso y vengativo existe como un marco al que se acude de forma recurrente para repetidas revisiones, tanto como fuente como resultado. A veces las fuentes de la herida desencadenante son ostensibles y obvias pero, a menudo, son exquisitamente particulares para cada individuo. Dado que las fuentes son elaboradas en la mente de la persona herida pueden ser difícilmente revelables por el riesgo de que no sean aceptadas por otros, y por el riesgo de un daño vergonzoso adicional.

George Eliot<sup>15</sup> resumió muchas de estas observaciones en *Daniel Deronda*:

*“La amargura del odio rencoroso y vengativo es a menudo tan inexplicable para los observadores como el desarrollo del amor devoto, y no sólo parece sino que no tiene relación directa con ninguna causa externa que se pueda alegar. La pasión es de la naturaleza de la semilla, y encuentra alimento en su interior, tendiendo a un predominio que atrae toda corriente hacia sí misma y hace de toda la vida su tributo. La forma más intensa del odio rencoroso y vengativo es la enraizada en el temor, el cual obliga al silencio y fuerza un deseo vehemente de venganza no expresada, una aniquilación imaginaria del objeto detestado, algo parecido a los ritos ocultos de venganza con los cuales los perseguidos han hecho salir secretamente su rabia y han aplacado su sufrimiento hasta enmudecerlo (p.576).*

En otro pasaje repite los temas de un sentimiento de impotencia frente a la expresión directa del enojo y la recompensa sustitutiva de la venganza:

*“Lydia...devoró su impotente ira..., pero no podía...irse del todo sin la recompensa de haber hecho una aparición de Medusa frente a Gwendolen, encontrando su deseo de venganza y sus celos alivio en una descarga de ponzoña” (p. 514).*

Pao (1965), el primero de muchos autores psicoanalíticos contemporáneos en comentar estos patrones, ofreció una formulación notablemente penetrante. Pao afirmó que el odio rencoroso y vengativo, al vincular el pasado con el futuro, establecía un sentido de continuidad.

<sup>14</sup> **Sir Isaiah Berlin** OM (6 de junio de 1909 - 5 de noviembre de 1997), politólogo e historiador de las ideas; está considerado como uno de los principales pensadores liberales del siglo XX.

<sup>15</sup> **George Eliot** es el seudónimo que empleó la escritora **Mary Ann Evans** (Arbury Farm, Astley 1819 - Londres, 1880), escritora británica. Sus novelas, de estilo realista, reflejan con pesimismo la vida provinciana británica y en general la complejidad de la vida británica de su época. Recrean conflictos morales, en los que ella aboga por la autenticidad.



*“Odiar es sentir algo, lo cual es mucho mejor que sentirse con falta de propósito, vacío, amorfo, o abrumado por ansiedades. El odio rencoroso y vengativo puede transformarse en un elemento esencial del cual uno deriva un sentido de mismidad y sobre el cual uno formula su propia identidad” (p.260).*

Pao señala que la persona que odia está acosada por miedos y se siente tironeada en diferentes direcciones. La persona que odia siente que sería desastroso ofender al objeto de su odio, al cual adscribe omnipotencia y omnisciencia. Pero se siente agraviada y quiere desquitarse.

*“De esta forma se encuentra en un estado de esclavitud. Si se mantiene cerca..., podría dejar al descubierto su odio rencoroso y vengativo y provocar la cólera del objeto, el cual podría aplastarle....Si intenta evitar al objeto odiado se está privando del necesario suministro libidinal. Metido en un dilema, la persona que odia se siente atrapada” (pp. 258-259).*

El más severo y dominante de los afectos que en conjunto constituye la agresión como pulsión es el elaborado afecto del odio. Otto Kernberg<sup>16</sup> ve al odio rencoroso y vengativo como un afecto crónico y primitivo que desemboca en la negación primitiva y la anulación de funciones cognitivas. Kernberg advierte que los analistas deben ser conscientes de cuatro respuestas contra transferenciales: el retirarse emocionalmente ante el odio rencoroso y vengativo; el identificarse con la victimización del paciente y su desplazamiento de la agresión fuera de la transferencia; someterse de forma masoquista al odio rencoroso y vengativo del paciente con un eventual acting out agresivo; u oscilar entre tratar de generar comprensión por parte del paciente y retraerse. Es interesante que Kernberg no incluya el odiar al paciente.

Lazar (1996) afirma que, cuando el odio rencoroso y vengativo es buscado como una meta en sí misma, el analista debe determinar su significado subjetivo. ¿Es el odio rencoroso y vengativo una protesta por las necesidades motivacionales no satisfechas que el paciente quiere que el terapeuta reconozca? ¿O es el odio rencoroso y vengativo una negación de necesidades insatisfechas que el paciente quiere que el terapeuta también niegue a través de una gratificación directa? ¿Es el odio rencoroso y vengativo un deseo de reconocimiento de una tragedia o un intento de seducir al terapeuta hacia una repetición actuada?

Otra contribución a la comprensión del odio rencoroso y vengativo surge de una serie de estudios sobre la vergüenza (Wurmser, 1981; Morrison, 1989; Broucek, 1991; Lewis, 1991) Estos autores sugieren que los niños que fueron víctima de abuso, excesiva arrogancia y desprecio, experimentan una vergüenza punzante. El estado afectivo de vergüenza baja la autoestima y transforma situaciones ordinarias en fuente de aversión. El odio rencoroso y vengativo se transforma en una vía para apartar la impotencia que conlleva la vergüenza. La paradoja es que mientras que la búsqueda secreta del odiar puede, de forma exitosa, evitar el impacto de la vergüenza que surge de cualquier fuente como la envidia, el miedo, o el auto-desprecio, la revelación a otros de la magnitud de la malignidad de la persona que odia y el deseo de venganza puede volver a desencadenar una vergüenza intensa. El potencial para una respuesta caracterizada por un estado de vergüenza debe ser también considerado y cuando hay una demasado temprana confrontación con el escenario de odio rencoroso y vengativo del paciente.

El odio brota de la certeza de haber sido estafado, acosado, denigrado y llevado al abismo y, sin embargo, hace de este proceso una pasión que concentra sus ansias de conocimiento en un solo hecho, renunciando al saber del todo por profundización en una sola parte. Además el odio sólo tiene como destinatario a alguien a quien se ha querido, o al menos con quien se ha

<sup>16</sup> **Otto Kernberg** nacido en Austria, formado como médico, psiquiatra y psicoanalista en Chile / Obras: **LA TEORIA DE LAS RELACIONES OBJETALES Y EL PSICOANALISIS CLINICO - DESORDENES FRONTERIZOS Y NARCISISMO PATOLOGICO - IDEOLOGIA, CONFLICTO Y LIDERAZGO EN GRUPOS Y ORGANIZACIONES**

simpatizado o se ha sido solidario. Parafraseando a Rasinari, el odio es lo irrevocable en el momento que ya no podemos renovar nuestros pesares.

Desde el punto de vista del sistema aversivo, el odio rencoroso y vengativo no sólo sirve como medio para expresar antagonismo de forma placentera, sino que también provee una manera de evitar cualquiera y todos los afectos displacenteros. Una vez formado, el escenario de odio rencoroso y vengativo puede ser evocado de forma consciente, o tan automáticamente como para estar fuera de la consciencia, en cualquier momento que el paciente se sienta amenazado por el sufrimiento de cualquier afecto negativo como la envidia, la vergüenza, la desilusión, el miedo o la depresión. Como muchos han indicado, una razón para atesorar un escenario de odio rencoroso y vengativo, es que en vez de experimentar el dolor de la victimización, la persona que odia experimenta la fuerza de su cólera y el placer de su eventual triunfo final.

Queda claro, entonces, que el odio es una pasión por el conocimiento. Aparte de ello hay otra faceta que no ha sido debidamente apreciada, a saber: su voluntad pedagógica. Es falso que el sujeto que odia desee el mal (cualquier mal) del odiado. No es suficiente que una bala perdida aniquile al odiado, ni que una teja le destroce; éstos son accidentes que aniquilan el acceso a la esencia del odio. El odiador puro, el odiador sabio, sólo desea reciprocidad, es decir, que al otro le suceda lo mismo que ha padecido para que así pueda comprender el dolor que causó, aun a sabiendas de que es una misión imposible y de que, por otra parte, jamás se podrá ser tan miserable como el odiado.

Según afirma Héctor Subirats no se entiende la mala fama del odio cuando se analizan sus atributos y sus virtudes:

*“Frente al sobrevalorado amor, el odio es un sentimiento que pide muy poco a quien lo ostenta y que ofrece a cambio una fidelidad duradera e insobornable”.*

Pero el odio no es sólo un sentimiento individual. Como otros sentimientos, el odio está socialmente organizado. Marina y López Penas se refieren brevemente a *“la tribu del odio”*, como formas primarias de manifestar misoginia, misantropía y misoneísmo: rechazo a las mujeres, a la sociedad y a lo novedoso. El odio queda, así, asociado a algún tipo de arcaísmo. Los odios prototípicos, sostiene André Glucksmann<sup>17</sup>, son milenarios, como los dirigidos contra las mujeres y los judíos, y sus ejecutores más fervientes son quienes se aferran a esa costumbre antigua de fanatizarse con un dios o querer serlo. Sin embargo, odiar es parte de la organización social de los sentimientos en la alta modernidad, reaparece y se complejiza en las interacciones entre grupos y países avanzados, adquiere nuevas formas en la globalización.

La base de apego del odio rencoroso y vengativo predomina en el intercambio clínico, pero la base afiliativa del odio rencoroso y vengativo grupal predomina en el mundo en general. Escenarios de odio rencoroso y vengativo, como un componente de experiencia grupal, en la forma de generaciones que emplean metáforas de odio rencoroso y vengativo para establecer lazos de hermandad, es la fuente de la enemistad de clan, tribal, racial, de género y nacionalista. Para finalizar, el escenario de odio rencoroso y vengativo, cuando está motivado afiliativamente, se vuelve valorado por la experiencia de vitalidad que conlleva el compartir, más que cuando está motivado por el apego y nutrido de forma privada. Las medidas de corrección de los escenarios de odio afiliativos suponen amplios acercamientos culturales

<sup>17</sup> **André Glucksmann** filósofo y ensayista francés, nacido el 19 de junio de 1937, en Boulogne-Billancourt, de padres judíos austríacos. Es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes. / *Discours de la guerre, théorie et stratégie* (1967) / *Le Bien et le mal* (septiembre de 1997) / *Le Discours de la haine* (octubre de 2004)

## 2.- LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LOS ODIOS

La primera condición de una sociedad que se precie de ser democrática es la posibilidad que tienen sus integrantes de disentir y de aceptar el juicio distinto de otras personas, aún en temas fundamentales, sensibles, controversiales y trascendentes. La tolerancia al otro es la aceptación de su existencia y derecho a ser: como sea, como quiera. La tolerancia obliga a las formas más acabadas de la civilización. Sustituye por ejemplo, la acción directa por el diálogo; el enfrentamiento hasta abatir al contrario por el debate; el imperio de la fuerza por la diplomacia y por último, la guerra por la política. Obliga, en una palabra, a reconocer que la vida en sociedad es más el producto de lo que tenemos en común, de nuestro piso mínimo de acuerdo que es la posibilidad de negociar nuestro espacio vital con el otro, que la sustracción generada por la división y encono que nos encierra en un laberinto cruel.

A pesar de esta condición primigenia de la sociedad, ésta desarrolla – como planteamos en el cierre del epígrafe anterior – componentes grupales de odio rencoroso y vengativo como un vórtice extraño, un caos social que se auto organiza y produce patrones ordenados. Entonces surgen formas sociales estructuradas a partir de un *punto de bifurcación*, momento en el cual se crea un *rizo de retroalimentación negativa* (el odio social, en todas sus manifestaciones) y el sistema social se transforma a sí mismo. Para investigadores sociales de la talla internacional de André Glucksmann<sup>18</sup>, no hay dudas en que el odio está presente en la construcción social: *“El odio existe; el odio no respeta nada; el odio juzga sin escuchar; el odio no atiende a razones; odio, luego existo”* asegura André Glucksmann en su libro *“El Discurso del Odio”*, en cuyo prólogo podemos leer:

*“El odio no es algo nuevo, ya hemos visto a Medea sublimando el nefas como acto de autoafirmación supremo. Desde la Antigüedad el grito de odio roza la eternidad. El odio se nos sirve ahora en odres nuevas, pero es el mismo odio que arrastró a millones de judíos por las vías de la muerte. Está presente entre nosotros, agazapado, buscando nuevas almas en las que inocular el veneno autodestructivo que lleva a la furia de la devastación nihilista. Su poder es, sin embargo, mayor, en cuestión de segundos es capaz de arrasar ciudades. De poner de rodillas a su imaginario enemigo. ¿Why not? Responderá un joven combatiente liberiano de trece años a la pregunta de si no le daba miedo matar con su kalashnikov a sus hermanos, a sus padres”.*

El odio suele ser, con insistente frecuencia, el preludio de la violencia. Antes de la guerra, suele ser útil enseñar a la población a odiar a otra nación y a su régimen político. Para el apresto al combate, es común inculcar odio en los soldados, porque el odio hacia el enemigo trastoca las realidades del objeto del odio, deformando sus debilidades, sus amenazas y su realidad objetiva. En el nazismo, por ejemplo, se buscó aumentar el odio que la sociedad alemana ya tenía hacia el judío y eso condujo a una matanza de enormes proporciones que hoy conocemos como ‘El Holocausto judío’.

Por lo tanto, odiamos lo que no podemos amar, tener o controlar. Es por ello que el odio sigue siendo el principal motivador de los conflictos armados, como la guerra (en cualquiera de sus generaciones y simetrías) y el terrorismo de cualquier denominación. La propaganda política ha incitado, con relevante éxito, al odio hacia determinado pueblo o hacia alguna nación, fe o régimen político, y en la construcción social de un particular tipo de odio, como la xenofobia, el antisemitismo, la intolerancia, el etnocentrismo, provocado por la crisis económica mundial, la presión de los movimientos demográficos, las guerras, los cambios radicales en los países del Este, el lento y difícil proceso de unión Europea, y esencialmente, por la inseguridad y el miedo

<sup>18</sup> André Glucksmann *Le Bien et le mal* (septiembre de 1997) / *Le Discours de la haine* (octubre de 2004)

futuro ante el desempleo y la pobreza que se radicalizan en los países del llamado Tercer Mundo.

La paranoia del rencor que genera la propaganda del odio se dispersa fácilmente entre la población y la vuelven dócil. El odio avanza a paso redoblado porque es el método de los poderosos para mantener vigente el proceso controlentrópico en las sociedades. Las explicaciones socioeconómicas al uso, la miseria, la pobreza, el analfabetismo, son fruto de una tesis mayoritaria biempensante de que el odio mayúsculo no existe. Todo se explica, se comprende, se excusa: El pedófilo deja de ser el agresor de menores para transmutarse en otra víctima de una infancia desgraciada. El asesino de ancianas se autoexime arguyendo una presunta necesidad de dinero para alimentar a unos hijos que en la realidad tiene pero que abandonó hace años. Los violadores de barriada se consideran los hijos de la tasa de desempleo nacional. Mentiras mil veces repetidas como coartada de una condena del “sistema”, según la vulgata marxista, capitalista y, como alienación judeocristiana.

Contrario a ese pensamiento único del odio mesiánico, que bajo la apariencia de insurrección contra la miseria y la globalización, esconde un catecismo revolucionario que busca derrocar el “sistema” movilizándolo ideológicamente a las masas en nombre de la raza, la nación, la clase o Dios, Glucksmann nos recuerda que el odio sí existe. Incluso, en ocasiones, antes de esa redención que ejercen los medios, se nos aparece desnudo bajo la crudeza del horror. En Manhattan, en Atocha, en Beslán, en Londres, en Ruanda, en Liberia, en Chechenia... En tantos sitios, muchos de ellos olvidados por esa conciencia mundial que sólo acierta a vislumbrar la muerte allí donde puede magrearla a su propia conveniencia.

### **El racismo**

La construcción social de los odios tiene una primera instancia histórica: El racismo. El término ‘raza’ ha sido utilizado en la cultura de las sociedades occidentales desde el momento del primer encuentro con pueblos de características externas diferentes. Desde entonces, hasta la segunda mitad de siglo XX se establece una jerarquía entre las “razas” basándose en diferencias observables: el color de la piel, la forma del cráneo, del cabello, la estructura física. A partir de ahí comienza el postulado de los odios sociales a partir de la existencia de diferentes razas; clasificando de esta manera los grupos humanos por sus características biológicas en superiores e inferiores.

A lo largo de la historia, sobre todo con la conquista y colonización de América y África, culminó el poder y supremacía de la raza blanca, con su religión monoteísta, que se consideraba por sí sola única y absoluta, y lo que es peor, excluía totalmente cualquier otra forma de vida sociable, cultural y religiosa (gitanos, judíos, indios, luego negros, pueblos de religión islámica, eslavos etc.) Los prejuicios hacia estos pueblos tienen sus raíces ahí y se mantienen hasta hoy.

La escalada de manifestaciones racistas, basadas sobre todo en los prejuicios y estereotipos formados durante la historia de las sociedades occidentales, es larga y dependiendo del país, afecta a las creencias, sentimientos y comportamientos personales (antipatía, odio, desprecio, agresión física). Pero además a través de las estructuras gubernamentales se asienta la exclusión social, la discriminación, la privación de derechos, la segregación. Finalmente las manifestaciones racistas en muchos países, hoy llegan a su punto más dramático en las agresiones, la violencia, expulsiones, matanzas, limpieza étnica y exterminio. En época de tensiones, utilizar al extranjero, al inmigrante, o la minoría como “chivo emisario” para descargar tensiones, y no afrontar los problemas socio-económicos reales es un antiguo recurso histórico de los sectores más reaccionarios de la historia.

El racismo –es decir el fútil convencimiento de que hay grupos étnicamente superiores a otros– es una noción relativamente nueva. Fue cultivado con fines políticos a partir de las tesis

nacionalistas de Johann Gottlieb Fichte<sup>19</sup> a inicios del siglo XIX. La ascendencia común, la ocupación de un territorio por largo tiempo, las tradiciones, recuerdos y costumbres fueron presentados por este pensador como elementos constitutivos de una nación.

### **El odio ‘nacionalista’ del chauvinismo:**

El odio social original, generado y exacerbado por el racismo político de Johann Gottlieb (un odio racial que mantuvo su vigencia hasta muy entrada la modernidad, representado en el terrorífico apartheid surafricano, iniciado en la Guerra de los Boers y finalizado con la elección del Nelson Mandela a la Primera Magistratura de Suráfrica) involucionó sutilmente hasta generar una nueva bifurcación en la sociedad occidental: El chauvinismo social, la más reciente y permanentemente actualizada construcción social de odios.

Se llama habitualmente chovinismo como también chauvinismo, (del personaje teatral de patriota francés Nicolás de Chauvin) a la creencia narcisista próxima a la paranoia y la mitomanía de que lo propio del país al que uno pertenece es lo mejor en cualquier aspecto. El nombre proviene de la comedia *La cocarde tricolore* de los hermanos Cogniard, en donde un actor, con el nombre de Chauvin, personifica un patriotismo exagerado.

El chovinismo resulta un razonamiento falso o paralógico, una falacia de tipo etnocéntrico o de *ídola fori*. En retórica, pues, constituye uno de los argumentos falsos llamados ad hominem que sirven para persuadir con sentimientos en vez de con razones a quienes se convencen más con aquellos que con éstos, y como tal se utilizó frecuentemente por parte de los políticos para persuadir a las masas. Nació fundamentalmente con la creencia del romanticismo en los “caracteres nacionales” o *volkgeist*<sup>20</sup>, si bien los griegos ya se burlaban de quienes pretendían que la luna de Atenas era mejor que la de Éfeso; psicológicamente, sin embargo, se trata de un sistema delirante que esconde un sentimiento neurótico de inferioridad en forma paranoica (en su manifestación de delirio de grandeza) muy asentado en la naturaleza humana. Suele considerarse como una señal de nacionalismo y como tal suele ir acompañada de la manía persecutoria de echar las culpas siempre a otros de lo malo que se pueda encontrar en la nación de uno. Erich Fromm, León Poliakov y Jon Juaristi<sup>21</sup> han estudiado las manifestaciones más perversas y peligrosas del chauvinismo, que pueden ir asociadas a ideologías totalitarias xenófobas y racistas.

En Europa, la caja resonante del chauvinismo fue -y lamentablemente continúa siendo- España. Aún se pueden escuchar nítidamente, en las calles y los andenes del ‘subte’ de Madrid (y en muchísimas otras ciudades y en pueblos de la provincia ibérica) expresiones como “*moros, sudacas, negratas*”... Los españoles enseguida ponen nombres despectivos a los extranjeros, especialmente si son pobres y van a quedarse. Es una lamentable tradición histórica de siglos, como lo evidencia el epíteto “*gavachos*”, un término que identificaba a los

<sup>19</sup> **Johann Gottlieb Fichte** (Rammenau (Alemania), 19 de mayo de 1762 - Berlín, 27 de enero de 1814), filósofo alemán de gran importancia en la historia del pensamiento occidental. Como continuador de la filosofía crítica de Kant y precursor tanto de Schelling como de la filosofía del espíritu de Hegel, es considerado uno de los padres del llamado idealismo alemán. OBRA RECOMENDADA: Discursos a la nación alemana (1807) / Disertaciones de la época contemporánea (1804)

<sup>20</sup> **Volkgeist**: percepción del pueblo como un ente abstracto.

<sup>21</sup> **Erich Fromm** (leer nota 13) **León Poliakov** según Abraham Bengio es "el máximo conocedor de la historia exterior del pueblo judío, es decir, de las vicisitudes por las que éste ha pasado", OBRAS Historia del antisemitismo / La causalidad diabólica **Jon Juaristi Linacero** (Bilbao, 1951) es un poeta, novelista, ensayista y traductor español en euskera y castellano. OBRAS □ *La leyenda de Jaun Zuria* (1980). *La tradición romántica: leyendas vascas del s. XIX* (1986). *Leyendas. Flor de baladas vascas* (1989). Recopilación de canciones tradicionales vascas. *Cuando canta la serpiente* (1989). Guión en colaboración con Mario Onaindía. *Cambio de destino* (2006). *Memorias. La caza salvaje* (2007). *Novela. Voces para una enciclopedia interrumpida* (2008). *Memorias sobre Bilbao*

franceses pirenaicos, rústicos y palurdos, que desde el siglo XV, y aún antes del descubrimiento de América por los españoles, cruzaban la frontera para intentar prosperar en el norte de España.

Más allá del racismo y del chauvinismo, el proceso controlentrópico de las sociedades encontró un nuevo elemento para construcción social del odio: la homofobia, la discriminación social por motivo de género (si... la homosexualidad ya está siendo considerada 'un género', el tercero), especialmente en colectividades conservadoras, apegadas fuertemente a la religión, tradicionalistas y machistas.

### **El odio a las diferencias somato-sexuales: La homofobia.**

El término homofobia se refiere a la aversión, odio, miedo, prejuicio o discriminación contra hombres o mujeres homosexuales, aunque también se incluye a las demás personas que integran a la diversidad sexual, como es el caso de las personas bisexuales o transexuales, y las que mantienen actitudes o hábitos comúnmente asociados al otro sexo, como los metrosexuales. El adjetivo correspondiente es *homofóbico* y el sustantivo que designa al sujeto homofóbico es *homóforo*.

Homofobia no es un término estrictamente psiquiátrico y no obstante ello pareciera que genera conductas delictuales asociadas a casos de la clínica psiquiátrica, pues se calcula que cada dos días una persona homosexual es asesinada en el mundo debido a actos violentos vinculados a la homofobia. Amnistía Internacional ha denunciado recientemente que en más de 70 países se persigue aún a los homosexuales, y en ocho de ellos (todos con gobiernos teocráticos musulmanes) son condenados a muerte.

Existe cierto relativismo sobre lo que abarca el concepto de homofobia. Así por ejemplo, los que rechazan las políticas de igualdad (entre personas de diferente orientación sexual) consideran que ese rechazo no es homofobia, sino simplemente una opinión igualmente respetable como la aprobación. Sin embargo parece indiscutible que todas las personas deben tener los mismos derechos sin distinción por razón de sexo o sexualidad, y por lo tanto negar ese reconocimiento sí parece ser una forma de homofobia.

La homofobia ha sido un proceso controlentrópico social casi desde el inicio de la humanidad. La sodomía en la Edad Media y en la Edad Moderna incluía a diversos «actos contra natura», pero principalmente era empleado en el caso del sexo anal. El origen del término está en la *Biblia*, en la historia de Sodoma y Gomorra. La identificación del «pecado de Sodoma» con el sexo anal y no con la falta de hospitalidad o la lujuria en general, se documenta por primera vez en san Agustín (354-430). No será hasta el siglo XI que aparezca la palabra «sodomía» en el *Liber Gommorrhianus* del monje benedictino Petrus Damianus<sup>22</sup>, para el que la palabra incluía todas aquellas actividades sexuales que no servían para la reproducción. Debido a que las palabras para denominar la homosexualidad no aparecieron hasta el siglo XIX, se empleaba el término «sodomita» para denominar a los hombres que tenían relaciones sexuales con otros hombres. Las lesbianas eran ignoradas en gran medida, aunque mujeres que practicasen el sexo anal también caían bajo el epíteto «sodomita».

Las primeras persecuciones de homosexuales por sodomía son de mitad del siglo VI, cuando el emperador bizantino Justiniano y su esposa Teodora prohíben los «actos contra natura» por motivos políticos, amparándose en razones religiosas. La ley preveía como castigo la castración y el paseo público por las calles. No hay pruebas de que la iglesia ortodoxa jamás apoyara el edicto.

<sup>22</sup> **Petrus Damianus** Autor del *Liber Gommorrhianus* El primer texto que menciona y define la palabra 'sodomía'.

Hasta el siglo XIII la sodomía no era castigada en la mayoría de los países europeos, no era más que de tantos pecados que aparecían en los textos eclesiásticos. La actitud cambió en el transcurso de las cruzadas, en las que la propaganda anti-islámica identificaba a los musulmanes con sodomitas que violaban a obispos y niños cristianos. Poco después se identificaba la sodomía con la herejía y entre 1250 y 1300 se introdujeron leyes que castigaban con la muerte el pecado. Estas leyes se emplearon sobre todo como herramientas políticas, como fue el caso de los templarios o del asesinato de Eduardo II de Inglaterra, o en casos de peligrar la paz social, como en casos de violaciones o pederastia. En general, la homosexualidad estaba bastante extendida, siendo el elemento clave la discreción. En algunos lugares, como Londres y Ámsterdam (en 1730 y 1733), se dieron olas de persecución contra los sodomitas.

En España se encargaban de los castigos los tribunales civiles de las ciudades, que hasta época de los Reyes Católicos castigaban con la castración o la lapidación, castigo que más tarde se modificaría por la quema en la hoguera, para los casos más graves. La Inquisición española sólo se encargaba de juzgar la sodomía en la Corona de Aragón. En general, lo comentado para Europa es válido para España, con la diferencia de que no fueron las cruzadas sino la percepción de los reinos peninsulares musulmanes lo que llevó a identificar la sodomía con el islamismo y la herejía.

Las leyes contra la sodomía se convirtieron en una sólida construcción social de odios y se mantuvieron en los países europeos, también en las naciones occidentales, hasta los siglos XIX y XX. En Francia, las leyes contra la sodomía fueron anuladas durante la Revolución Francesa. En Inglaterra, Enrique VIII de Inglaterra introdujo la *Buggery Act* en 1533, que castigaba la sodomía (llamada *uggery*) con la horca. La ley no fue eliminada hasta 1861, y en Alemania, el párrafo 175 que penalizaba las relaciones homosexuales no fue completamente abolido hasta 1994.

Pero la homosexualidad continúa penada legalmente en la India, en ciertas zonas de África, así como en otros países como Nicaragua, Guyana, Malasia, Papúa Nueva Guinea, algunas repúblicas de Asia central y en un gran número de países islámicos (Oriente Próximo y Medio, norte de África). La pena de muerte por tener relaciones homosexuales o por sodomía sigue vigente en Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Irán, Mauritania, algunos estados del norte de Nigeria, Somalia, Sudán y Yemen.

En el caso de los Emiratos Árabes Unidos, las relaciones sexuales extramatrimoniales se pueden condenar con la muerte y el artículo 354 del código penal federal, que trata de la violación de mujeres y hombres, incluye al sexo anal consensual entre hombres. En algunos países o regiones en las que se aplica la Sharia, como es el caso de Afganistán, donde las leyes sobre la homosexualidad no están claras, la sodomía puede ser castigada a muerte por lapidación.

Todas estas leyes, disposiciones y normas que penalizan la homosexualidad son instrumentos que facilitan, promueven e instauran el odio. Un odio que disipa la entropía que genera la diversidad, en este caso la diversidad sexual, y que se contextualiza en las sociedades para evitar a toda costa, la primera manifestación de la entropía representada por la Ley del Vórtice, y que indefectiblemente desemboca en el caos, entendido éste como “*el caos de la creatividad de la naturaleza*” del que surgen nuevas formas estructuradas a partir de un *punto de bifurcación*, momento en el cual se crea un *rizo de retroalimentación* y el sistema social se transforma a sí mismo.

El fenómeno controlentrópico de la homofobia se hizo presente en la política de algunos gobiernos tanto de origen y tendencia democrática, como aquellos de marcada orientación autoritaria. Algunos ejemplos son el régimen nacionalsocialista en Alemania (liderado por Adolf Hitler, 1933-1945), el régimen franquista en España (1939-1975), el período dictatorial

conocido como “Proceso de Reorganización Nacional” argentino (1976-1983). También lo son los gobiernos democráticos, como por ejemplo el de Nicaragua, que bajo el artículo 204, castiga la sodomía bajo penas de 1 a 3 años de cárcel (artículo que aún sigue vigente); y también en otras democracias de occidente que han tenido legislaciones y actuaciones homófobas, como por ejemplo en Alemania Occidental, donde la homosexualidad fue delito hasta 1969.

Pero el auge inusitado de las migraciones, el creciente intercambio cultural y comercial entre los países y un mestizaje cada vez más intenso han quebrado por su base aquellas concepciones chauvinistas. Hoy por hoy, las naciones no se crean en torno a razas ni costumbres únicas. Por el contrario, todas las sociedades modernas se precian de alimentarse de la riqueza étnica y cultural que le aportan sus miembros provenientes de todas partes del mundo.

Si el odio es una posibilidad siempre presente en el ser humano, ¿Qué hacer para evitarlo? Vai-Lam Mui, economista de la Universidad de Hong Kong, ha demostrado que el rencor social se evita cuando la Constitución de un país incluye fuertes protecciones a los derechos civiles y políticos de las minorías. Tales protecciones evitan que los actores políticos, en el rol de gobernantes autoritarios, instrumentalicen a esas minorías y las conviertan en objetos o sujetos activos de odio social.

Ese no es el caso de Venezuela, un país donde su Presidente ha fomentado la división apelando al recurso del odio. Un odio de clases; los ‘patriotas’ versus ‘los pitiyanquis’, la ‘burguesía’ versus ‘el pueblo’; los ‘hijitos-de-papá’ frente a ‘los muchachos revolucionarios’. El de Venezuela es un odio sembrado también en lo institucional: Las gobernaciones ‘patriotas’ versus las gobernaciones o municipalidades ‘golpistas’. Y también es un odio sexista que se manifestó groseramente hacia la mujer, cuando desde la Primera Magistratura del Poder Ejecutivo, el Presidente de la República amenazó públicamente a su esposa, a través de los medios de comunicación social ‘encadenados’ en una de sus tantas alocuciones, con ‘*darte lo tuyo*’ un Día de la Madre, en abierta y manifiesta sublimación de un narcisismo sexual.

### **3.- EL ODIO COMO ESTRATEGIA DE CONTROL SOCIAL**

#### **Dos referentes literarios latinoamericanos:**

*La Mala Hora*, de Gabriel García Márquez y *El Día Señalado*, de Manuel Mejía Vallejo, nos plantean dos temas fundamentales: la institucionalización de la violencia, y el odio a partir de las instituciones. *La Mala Hora* transcurre en un pueblo que intenta restablecer el orden a través del terror bajo el poder de Rojas Pinilla. Una desafortunada noche los primeros pasquines (especies de chismorreos de pueblo donde se da cuenta de las andanzas, tropiezos...de los habitantes) aparecen en algunas puertas. El que llega a César Montero lo incita a asesinar a Pastor, el músico del pueblo. Los pasquines se multiplican y siembran la discordia entre familias, reanimando odios, reviviendo en la memoria rabias y crímenes cometidos en el pasado. El cura Angel, en principio indiferente, se reúne con el alcalde y lo persuade a tomar medidas de seguridad frente a este “caso de terrorismo en el orden moral”. Nada logra que los pasquines dejen de proliferar. El alcalde decide volver a la represión. La paz transitoria e irreal termina y el pueblo vuelve a su infierno cotidiano.

El relato se sitúa en un paraje distinto del clásico Macondo usado por el autor. Las acciones ocurren un hipotético año después de las persecuciones, cuando el estado de sitio sigue vigente en la mayoría del país. Sin hacerla explícita, la violencia asume un carácter cotidiano, como si fuese una institución. El odio ante la represión del pasado ha instalado una turbia actitud en los habitantes: no sienten verdadero miedo, no corren a esconderse y, por el contrario, practican un metódico ejercicio de oposición clandestina.



En opinión de Gustavo Cobo Borda, "*Los chismes, en La Hojarasca, como los pasquines en La mala hora, como las papeluchas en el General en su laberinto dispersan la presión de la caldera social pero a la vez difunden la malevolencia y sacan a la luz la ignominia de tantos conflictos, sociales, políticos, o sexuales.*" Así, frente al padre y su creencia en una moral tradicional y digna se cocina una verdadera descomposición social. Los pasquines son sólo el detonante de algo que no podía tardar mucho tiempo: los nexos comunitarios se pierden, la razón de ser de ese orden social basado en una moral única y distinguible ha llegado a un punto de quiebre definitivo.

Es la pérdida total de colaboración entre miembros de una misma comunidad y lo viene a ratificar Casandra, la adivina del pasajero circo que le anuncia al alcalde con respecto a la autoridad de los pasquines: son todos y ninguno. Evidentemente que todos saben, pero no hacen nada para evitarlo; en el fondo ese es el objetivo, demostrar que no hay paz, que la aparente tensión tiene sus razones de ser y el teatro pacifista montado por el gobierno autoritario debe llegar a su fin.

No obstante la moral retardataria, la violencia y el odio juegan un papel importante en la ruptura de los nexos comunitarios. Se institucionalizó la violencia hasta el hartazgo. El odio explota como lo hace en otras novelas, no puede permanecer estancado y al margen de la opresión por mucho tiempo. Aquí es incluso a través del mismo que la oposición se gesta hasta convertirse en una nueva comunidad y como siempre, una comunidad de odio y al servicio de las guerrillas pero al margen de aquellos que no profesan la misma necesidad de exterminio de la otredad o del ser odiado. Difícilmente pueden seguir coexistiendo en el pueblo opositores y colaboradores.

"*La Mala Hora*" es un libro de homenaje a la oposición. El odio, más que diferenciar conservadores de liberales, traza líneas recordatorias. Cumple el papel de memoria, otorga la posibilidad de resistencia. Por lo demás, constituye un ejemplar único en términos literarios: sin necesidad de asfixiantes descripciones que en su recorrido salpican sangre, trasmite con maestría y humor la tensión política de los años 50. Episodios como el del dentista y el alcalde, por ejemplo, le hicieron falta a la literatura del momento: con pocas palabras, García Márquez condensa en el dolor de una muela el significado político de una época.

"*El Día Señalado*" es por su parte un registro literario más tenebroso y directamente violento. En un dantesco territorio denominado Tambo se desarrolla la vida de un pueblo asustado y sitiado por la guerra de la Violencia. Varias historias confluyen en la narración, desde la llegada de un nuevo cura que intenta cambiar las actitudes de los habitantes, hasta el relato de un joven gallero que inicia un viaje hacia Tambo en busca de su padre (que resulta ser el gamonal del pueblo), al cual tiene por enemigo y piensa asesinar. Entre historias se da cuenta de la lucha entre guerrilleros atrincherados en el páramo y militares que cuidan y a la vez esclavizan al pueblo dejándolo sin hombres. En un contexto de violencia institucionalizada y sin sentido, de odios y rencores fundados en matanzas, la misión del cura fracasa debido a la irrupción de la guerrilla en el pueblo. El gallero encuentra a su padre y le perdona la vida tras su victoria en un combate eminentemente metafórico entre su gallo y el del gamonal.

Imagen central de la novela y elemento sumamente perturbador para el lector, Mejía Vallejo presenta la figura del enterrador, el encargado de cavar huecos para los constantes cadáveres que se registran en el pueblo. Independientemente de su macabra función, el enterrador es además un hombre con un triste pasado: los militares del pueblo asesinaron a su esposa y lo hicieron huir del campo con su hijo. En permanente acecho, el enterrador está presente en la mayoría de la obra, emitiendo extrañas amenazas en particular al sargento de los militares y al cojo Chútez, gamonal del pueblo. El personaje del sargento es a su vez la representación de la represión y el infinito odio hacia los guerrilleros. De semblanza fuerte y postura altiva, su devoción hacia la milicia es total. Junto al cojo Chútez, los dos personajes manejan a su antojo el pueblo.

El relato no escatima ingredientes que puedan emanar violencia y odio; todos murmuran y al mismo tiempo temen, convirtiendo el miedo en una tortura del diario vivir. La posición hacia los militares resulta sumamente ambigua en tanto el pueblo los percibe como culpables, pero el narrador no los condena. Al final del relato, en el momento en que los militares pierden una batalla tras caer en una emboscada en el páramo, organizada por el enterrador, el sargento surge como un personaje que infunde respeto y admiración en el pueblo. Los guerrilleros son igualmente ideados como elementos que aglutinan las esperanzas del pueblo, pero al hacer su irrupción, el día señalado, el desorden es tal que de cualquier manera el lector no encuentra mayores razones para identificarse con ellos. De hecho, la figura del líder Pedro Canal no pasa de ser autoritaria y evidentemente brusca hasta el cansancio. Aun así el miedo que ocasionan los militares es superior a las ilusiones que la guerrilla representa.

Entre los muchos tipos de odio que la novela plantea, uno, en especial, atrae la atención: el odio en la institución militar. Salvo el sargento, ninguno de los soldados expresa en un principio un verdadero odio o resentimiento hacia la guerrilla y, sin embargo, todos son víctimas de un adoctrinamiento supremamente efectivo. El ejercicio militar, además de ser en el relato uno de los grandes detonadores de excesos e injusticias, enseña a odiar. Entendidas como comunidad, la institución militar y la guerrilla se cohesionan respectivamente ante la existencia de un enemigo común. En conclusión, las comunidades se enfrentan hasta eliminarse mutuamente pues no pueden coexistir en paz cimentadas en el odio.

### **El odio como estrategia política de dominación y control**

Ahora bien, regresando de lo descriptivo-novelístico a lo real-descriptivo, podemos intentar una aproximación epistemológica del odio como una particular estrategia de control social-institucional, siempre que entendamos por estrategias de control social, a una serie de mecanismos que no sólo pueden ser ponderados por lo que reprimen sino asimismo por lo que construyen. En este doble proceso es interesante marcar como relevante que al definir la figura de “delincuente, sospechoso, problemático” se construye la del vecino. En la medida que las nuevas políticas son presentadas como “democráticas” implican cambios en la relación Estado-Sociedad Civil, impulsando el primero la activación cívica de la comunidad con la creación de figuras tales como los “Consejos de Participación Ciudadana” en las que se incentiva la coparticipación vecinal, policial y gubernamental en la gestión de estrategias de control social.

Los procesos de controlentropía social, que en un principio pretenden incentivar la participación ciudadana mediante una propuesta de cogestión, la mayoría de las veces no son más que instrumentos colegiados para disolver los vórtices sociales, las entropías y finalmente el caos que pueda engendrar un nuevo estadio negentrópico. Ante la amenaza que representan los cambios sociales radicales, las diferencias de raza y de género y las novedades culturales provenientes de quienes defienden ideas y acciones contrarias al ‘status-quo’, y que son entendidas como una amenaza por parte de quienes detentan la gobernabilidad institucional de una sociedad, el odio es, después del miedo, el soporte estratégico del control social.

Al provocar e incentivar el odio hacia lo diferente, lo desconocido, lo nuevo, la institucionalidad no hace otra cosa que apelar a los instintos, que no a la razón o al diálogo, para crear una barrera que proteja la organización endógena de la sociedad sobre valores preestablecidos, que no son otros que aquellos procesos que el sistema utiliza para controlar y reducir los mecanismos y las acciones que puedan generar entropía.

El proceso mediante el cual quienes detentan la gobernabilidad institucional de las sociedades generan los sucesos que permiten prolongar la controlentropía se llama ‘comunicación de masas’. A través de una comunicación de masas eficaz, (la cual supone entender que el orador y la audiencia interactúan en una categoría social común, de modo tal que el orador puede interpretar la relación de los sucesos reales y posibles en función de las preocupaciones colectivas compartidas), los comunicadores se colocan en posición de responder determinadas

preguntas fundamentales para el público destinatario que se proponen alcanzar: “¿Qué significa esto para nosotros? ¿Nos representa, o socava lo que somos, lo que creemos y lo que es importante para nosotros?”

En otras palabras, la orientación de un público hacia un objetivo determinado depende de cómo nos interpretamos “nosotros”, de cómo se interpretan “ellos” y de la relación que se forma entre esas dos interpretaciones. Contrariamente a las creencias populares y a las interpretaciones erróneas de ciertos círculos académicos, no existe una antipatía o un antagonismo inherente entre personas que son diferentes o que incluso se consideran pertenecientes a grupos diferentes. Incluso cuando ese antagonismo se presenta como un reflejo de “odios antiguos”, es necesario mucho trabajo de retórica para crear condiciones propicias para la exclusión, la discriminación y la violencia.

Por lo general, la violencia se legitima como “defensa propia” contra la agresión percibida por parte del objeto, y la atrocidad generalmente se presenta como un acto noble e incluso virtuoso. O, por el contrario, la atrocidad resulta más posible cuando los perpetradores son capaces de pensar que están haciendo el bien. En efecto, uno de los discursos más espeluznantes del siglo XX fue el que Himmler dirigió al personal de las SS en Poznan (Polonia), el 4 de octubre de 1943:

*“Casi todos ustedes saben cómo es cuando hay cien cadáveres tendidos uno junto al otro, o quinientos, o mil. Haber soportado eso y al mismo tiempo... seguir siendo personas decentes. Ésta es una página gloriosa de nuestra historia”.*

¿Cómo es posible aceptar el genocidio como una virtud? Desde el punto de vista analítico, el proceso puede dividirse en tres elementos, aunque en la práctica éstos pueden entrecruzarse. En primer lugar, que es el más importante, hay que interpretar la identidad del endogrupo de modo tal que el exogrupo quede excluido. La forma más peligrosa de este proceso es, quizás, la definición de la comunidad nacional (“el pueblo”) en términos étnicos, o, como dice Mann<sup>23</sup>, transformar el *demos* en *ethnos*. Llegado este punto, las minorías ya quedan excluidas de los beneficios de la inclusión nacional y de los derechos y recursos que dimanaban del hecho de ser un “nacional”. Además, identificar a las personas como una categoría distinta plantea, para la mayoría, una “cuestión de las minorías”. Esa identificación no determina, por sí misma, ningún curso de acción en particular, pero sí ofrece un espacio en el que se pueden proponer respuestas extremas. Además, permite que las instituciones de la nación y, cuando corresponda, el Estado, se movilicen para aplicar la “solución” que sea.

En segundo lugar, hay que interpretar a la minoría como un problema, o, peor aún, como una amenaza para el endogrupo. Mucho se ha hablado de la deshumanización de los exogrupos, pero, cuando se observan más de cerca las imágenes que usan los regímenes genocidas, se observa que los exogrupos a menudo se describen como subhumanos y sobrehumanos a la vez. En la propaganda extremista hutu, los tutsis a veces eran *inyenzi* (cucarachas), y a veces *inkotanyi* (guerreros fuertes). En la propaganda nazi, los judíos a veces eran gusanos y ratas, y a veces, figuras omniscientes y todopoderosas. No se trataba sólo de que fueran animales, sino que eran alimañas: estaban fuera de lugar, contaminaban, profanaban. Tampoco se trataba sólo de que fueran poderosos, sino que conspiraban contra Alemania. Lo que estas diferentes imágenes tenían en común era el peligro y la amenaza que el exogrupo

<sup>23</sup> **Thomas Mann** (Lübeck, 6 de junio de 1875 - † Zúrich, 12 de agosto de 1955). Escritor alemán, nacionalizado estadounidense, uno de los escritores más importantes de su generación, de quien se dijo que fue el último gran novelista del siglo XIX. Mann es recordado por el profundo análisis crítico que desarrolló acerca del alma europea y alemana en la primera mitad del siglo XX. Para ello tomó como referencias principales a la Biblia y las ideas de Goethe, Freud, Nietzsche y Schopenhauer. Fue distinguido con el Premio Nobel de Literatura en 1929.

supuestamente representaba para el endogrupo. A menudo, la amenaza implícita era la de la aniquilación física, pero muchas veces se trataba de una aniquilación simbólica: la destrucción de la identidad del endogrupo y de una forma de vida basada en las normas y valores del endogrupo. En este punto, se legitima una solución violenta a la “cuestión de la minoría”, ya que la violencia puede interpretarse como defensa propia.

En tercer lugar, hay que interpretar al endogrupo como virtuoso. Éste es, quizás, el aspecto más subvalorado del proceso. Pero Koonz<sup>24</sup>, en su libro “*The Nazi Conscience*”, lo analiza en forma exhaustiva. Escribe: “*Aunque sea difícil concebir a Adolf Hitler como un profeta de virtud, precisamente allí residía el secreto de su inmensa popularidad*”. Hitler caracterizaba al Volk alemán como una comunidad ética, como personas altruísticamente dedicadas a los demás, de gustos modestos y frugales. Celebraba su humildad, su pureza, su limpieza. Se comprometió a defender “*la moralidad, las costumbres, el sentido de justicia, la religión*” alemanes. Koonz destaca que, en los años siguientes a 1933, Hitler reiteradamente encomia “*los pilares del carácter nacional (alemán)*” pero casi no menciona a los judíos. Algunos comentaristas pensaban que eso reflejaba que sus opiniones se habían suavizado, pero en este caso se equivocaron por completo.

En general, en la psicología y en otras disciplinas, los trabajos sobre discriminación se han centrado en las representaciones del exogrupo. Sin embargo, el núcleo explícito de la “retórica del odio” a menudo se sitúa en quiénes somos “nosotros”, lo que deja implícito (pero evidente) quiénes son los excluidos. Del mismo modo, una vez que queda claro quiénes son “ellos” y que “ellos” representan un peligro para nosotros, entonces basta con subrayar la vulnerabilidad y la virtud del endogrupo para legitimar la violencia inter grupal.

El odio como estrategia política de dominación y control no se contiene exclusivamente dentro de los límites de la legalidad de una sociedad estructurada. La post modernidad, con sus características más resaltantes, la integración mediática en una aldea global (internet) y el impulso sostenido a las singularidades han generado una amenaza muy particular, la *identidad colectiva*, que dispara los procesos entrópicos que amenazan el paradigma cultural del ‘estado-nación’ y provocan que éste pierda eficacia orientadora en el conjunto social. En ese momento, el mecanismo de control psico-social se vuelve incongruente, entre lo que se cree y siente. La realidad percibida en el inconsciente colectivo comienza a fracturar la relación-sentimiento entre la fe en el proyecto político y la ineficacia que muestra la narrativa dominante para justificarse. La sociedad, comienza a fracturarse y la población se torna ambivalente. Las presiones demográficas, la crisis fiscal, la división de las elites jóvenes insatisfechas, la angustia inflacionaria y las presiones tributarias en el pueblo generan una aguda ambivalencia psico-social, y así, los mecanismos institucionales, formales e informales reductores de la entropía se vuelven ineficaces, conduciendo con ello a que una entropía global del sistema aumente aún más.

#### **4.- EL ODIO COMO DISPARADOR DEL CAOS**

El miedo controlentrópico, ese “*producto pasional inducido*”, que es utilizado por las estructuras institucionales para reprimir y reconducir a los conglomerados sociales y para disipar las entropías que puedan conducir en un momento dado al desarrollo de los vórtices caóticos en la sociedad, es paradójicamente uno de los sentimientos esenciales para promover el caos. Existen al menos tres escenarios en los que el odio se transforma en disparador caótico: 1.- Cuando los individuos jerarquizan la identidad colectiva por encima de la identidad particular. 2.- Cuando los individuos, rechazados o no por su entorno, asumen el rol de vengadores anónimos y 3.- Cuando las estructuras sociales colapsan y surgen la anarquía, la

<sup>24</sup> **Claudia Koonz** “*La Conciencia Nazi: La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*”

desobediencia civil y el colapso institucional, cuyas manifestaciones más conocidas son el golpe de estado y la rebelión popular. Vamos a abordar en el presente ensayo los dos primeros escenarios y dejaremos para un análisis posterior el tercer escenario por tratarse de disparadores del caos que requieren un tratamiento en profundidad.

### **El odio también surge en la identidad colectiva:**

El odio es una noción que abarca una interrogante aun más extensa: ¿se puede hacer política con sentimientos extremos? Para algunos grupos, especialmente los nacionalistas/terroristas, la identidad colectiva se superpone al constructo de la individualidad, un proceso de desplazamiento valorativo-subjetivo que se inicia a muy temprana edad, de manera que el odio se inculca desde la infancia, como un legado familiar pero también como un compromiso grupal indeclinable. No puede insistirse lo suficiente en la importancia de las identidades colectivas y de los procesos para formarlas y transformarlas. Los separatistas son un ejemplo de esto que afirmamos acá: Ellos han subordinado su identidad individual a la identidad colectiva, de manera que lo que sirve al grupo, a la organización o a la red tiene importancia primordial. Ahora bien, ¿cómo se forma en el sujeto ese tipo identidad colectiva fundamentada en el odio?

La causa se les inculca durante la niñez pues hay una transmisión generacional de odio entre dos colectivos que comparten un territorio: “nosotros” y “ellos”. Los niños oyen de sus padres, ya fuese en los bares de Irlanda del Norte o en los cafés de Beirut o en los territorios palestinos ocupados, lo que “ellos” nos han hecho a “nosotros”, cómo “ellos” nos han robado nuestras tierras, cómo “nos” han humillado. De manera que, leales a sus padres que han sido perjudicados por el régimen, por ‘ellos’, los jóvenes ‘nosotros’ aceptan naturalmente la disgregación y se preparan para ejecutar actos de venganza contra “ellos”, sin que opere algún protocolo de tipo moral.

Lo anterior representa una comprensión de la psicología terrorista nacionalista/separatista. ¿Qué pasa con la psicología terrorista religiosa fundamentalista? Aquí tenemos a individuos que “matan en nombre de Dios”. Sus acciones han sido investidas de significado sagrado por el clérigo extremista, ya sea un ayatolá, un rabino, un ministro o un sacerdote. Y debido a que ellos son “creyentes verdaderos” que aceptan sin crítica la interpretación de las escrituras por el clérigo extremista, no tienen la misma ambivalencia sobre la extensión de la violencia que tienen los nacionalistas/separatistas.

El fundamentalismo teológico es una poderosísima fuerza de odio que surge, en este caso, de la identidad religiosa, un enfoque aún más trascendente que pone cotas muy elevadas de sacrificio individual a favor del beneficio colectivo. El odio internalizado va más allá de las costumbres focalizadas en un determinado espacio geográfico; se potencia por el respaldo de una deidad, cuyos texto sagrado y líderes adornan al ejecutante con el manto sacralizado del martirio y la promesa de un ‘más allá’ vívido y divino en el que el mismísimo Dios (الله *Allāh*) le reconocerá. Y no es por coincidencia que los candidatos al suicidio religioso sean, como en los movimientos separatistas y/o nacionalistas, niños y jóvenes púberes.

El famoso estudioso del terrorismo Ariel Merari<sup>25</sup> hizo una observación notable en el otoño de 2004, indicando cuan “normal” era el suicida terrorista. Indicó que mientras caminaba por la plaza de Harvard (en Massachusetts), observó que los adolescentes son similares en todas partes del mundo. Cuando un periodista le preguntó qué quería decir con eso, respondió:

*“Cuando entré en una pizzería en Cambridge, los adolescentes estaban hablando de su equipo de fútbol americano favorito, los Patriotas de Nueva Inglaterra (durante su*

<sup>25</sup> **Ariel Merari** experto en Psicología del Terrorismo de la Universidad de Tel Aviv / Su trabajo durante la última década se ha centrado en el terrorismo suicida y las estrategias de disuasión.

*campaña por el Súper Tazón), sobre sus héroes del equipo como el mariscal Tom Brady, y cómo algún día, cuando ellos crecieran, querían ser astros del fútbol americano profesional, como sus héroes. Era lo mismo en los campamentos de refugiados en los territorios ocupados; sólo que su equipo favorito era Hamas, sus héroes eran los shahids (mártires) y, algún día, cuando crecieran, querían ser un shahid como sus héroes. Fue espantosamente normal".*

No hay una explicación única para la causa de la psicología del suicidio terrorista. Muhammad Hafez,<sup>26</sup> en su "*Manufacturing Human Bombs*", identifica tres condiciones como requisitos previos: 1.- una cultura de martirio, 2.- clérigos estratégicos para emplear esta táctica y 3.- el suministro de voluntarios dispuestos.

Para inhibir la proliferación del odio como detonante de las entropías en un colectivo, éste debe responder asertivamente unas inquietantes preguntas: ¿Cuáles son las implicaciones para el contraterrorismo? Si se acepta la premisa de que el terrorismo es una especie perversa de la guerra psicológica librada a través de la prensa, no se la combate con bombas inteligentes ni con misiles, sino con guerra contra-psicológica. Esto sugiere cuatro elementos de un programa de operaciones de información: 1.- Inhibir a los terroristas potenciales de incorporarse al grupo. 2.- Crear disensión en los grupos. 3.- Facilitar la salida de los disidentes del grupo. Y 4.- Reducir el apoyo al grupo y quitar legitimidad a sus líderes.

### **El odio de los vengadores o vigilantes anónimos:**

Hace algunos años el actor antihéroe de Hollywood, Charles Bronson, interpretó la película "El Vengador Anónimo", que tuvo más éxito en los foros de sociología que en la crítica cinematográfica por la naturaleza de la película. En aquella historia cinematográfica, Bronson salía a buscar y matar a cuanto presunto delincuente se topara en sus andanzas nocturnas, sin importarle la identidad del condenado, enceguecido por la furia, para descargar de esa manera su venganza ante el asesinato de su familia, por desconocidos invasores furtivos del domicilio, en su ausencia. ¿Cómo opera en los modernos 'vengadores' o 'vigilantes' el odio internalizado que se proyecta como agresión externa? ¿Cómo legitiman psicológicamente este tipo de violencia? ¿Son ellos generadores o productos del caos?

La psicología moderna identifica al *odio internalizado* como el resultado de carencias afectivas, de omisiones y también de agresiones recibidas a lo largo del desarrollo individual, pero proyectado hacia una otredad específica ubicada en determinadas categorías sociales (neonazis, terroristas, criminales, policías, homosexuales, blancos, negros, asiáticos, etc.) y también a otros tipos de individuos pero todas estas categorías rotuladas bajo un mismo sustantivo: 'El enemigo'.

Aunque los diccionarios definen a la palabra 'enemigo' como aquel por quien se siente odio, a quien se quiere hacer daño o a cuyos intereses hay que oponerse, tal vez resulte excesivo decir que el odio se personaliza exclusivamente en la figura del enemigo. Los límites entre el odio y el enojo, el rencor, la envidia, el resentimiento o incluso el desprecio, no siempre son muy claros y muchas veces lo primero desencadena las otras emociones.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Hafez, Mohammad –Questions & Answer taped in *Manufacturing Human Bombs: Strategy, Culture and Conflict in the Making of Palestinian Suicide Terrorism* conference, National Institute of Justice, University of Washington, October 21th 2004.

<sup>27</sup> Para Spinoza, muchas emociones surgen del odio o se refieren a él: "La envidia, la irrisión, el desprecio, la ira, la venganza y los demás afectos que se refieren al odio o surgen de él. Son malos (Ética, III,45, corolario 1,p.214) / Aristóteles habla sobre las diferencias entre el odio y la ira en *Política* (V, 1312b33-35) / Séneca habla del odio en muchas ocasiones al referirse a la ira en su tratado sobre La Emoción. Charles Darwin op. Cit., estudia la diferencia entre odio y cólera en *The Expression of Emotions in Animal and Man* cap. 10 / Puede investigarse el artículo de Ben-Ze'ev, *Anger and Hate*" y el de Aurel Kolnai "*The Standard Modes of Aversion: Fear, Disgust and Hatred*" / Hampton

Una de las características de la personalidad del 'vengador' que odia es el autoconocimiento. Quien odia tiene que conocerse muy bien a sí mismo y al enemigo para saber cuándo se está engañando y cuándo sus creencias, basadas en su emoción, son fieles y están apropiadamente justificadas, porque el odio tiende de hecho a interferir en la manera que se forman las creencias y se percibe el mundo, a través del autoengaño y pensamiento por deseo. Pero incluso entonces hay ciertos puntos en la percepción y en la acción en los cuales el odio puede ayudar a la formación racional de creencias, como sucede en los procesos formativos de la identidad colectiva teocrática.

Pero usualmente el odio conduce a cometer actos que bien podríamos calificar de irracionales y destructivos. Tal sea el odio de Medea a Jasón. Medea mata a los hijos que había tenido con el argonauta Jasón como venganza cuando él la abandona por otra mujer, Glauce, con quien Jasón tendría un matrimonio política y económicamente más ventajoso. Medea también asesina a Glauce con su magia y sin duda que en este ejemplo encontramos imbricados en el odio de Medea todos los sentimientos colaterales que nos describía Spinoza: rencor, ira, celos, resentimiento e incluso el temor ante el destino que podrían tener sus propios hijos si ella se viera desterrada tras el nuevo matrimonio de Jasón.

Igualmente hallamos una modalidad extrema de odio, como Jasón mismo lo llama (*mîsos*) hacia el final de la tragedia de Eurípides<sup>28</sup> cuando ella ya ha consumado su venganza. El odio de Medea tal vez sea la transfiguración de un amor tan violento como el que ella tuvo antes de Jasón. Ese amor ya había tenido efectos irracionales y destructivos: Medea había traicionado a su pueblo y a su padre, y había matado a su propio hermano cortándole en pedazos luego, para ayudar a Jasón a encontrar el vellocino de oro. Jasón finalmente le paga con una traición.

La conducta de Medea es tal vez uno de los mejores ejemplos de los efectos irracionales que pueden tener las emociones, y cómo, en un contexto más moderno y actualizado, los 'vengadores' o 'vigilantes' anónimos son, por partida doble, tanto producto del caos, de su propio y particular caos en el que se empeñan sus vidas, como generadores de nuevas entropías caóticas.

Como alertamos al comienzo de este último epígrafe, dejamos para un análisis futuro el tercer escenario del odio como disparador del caos, que no es otro que aquel cuando las estructuras sociales colapsan e irrumpen la anarquía, la desobediencia civil y el colapso colectivo (cuyas manifestaciones más visibles son el golpe de Estado y la rebelión popular) como resultado de una implosión generalizada del tejido conjuntivo institucional.

(\*) Comunicólogo.  
Asesor de Identidad e Imagen Corporativas.  
Profesor de Mercadeo Electoral  
Escritor

---

y **Murphy** analizan las relaciones entre el odio y el resentimiento en "*Forgiveness and Mercy*" / **Plutarco** aborda las diferencias entre el odio y la envidia en "*Sobre la envidia y el odio*"

<sup>28</sup> **Eurípides** (en griego, Ευριπίδης) (Salamina, 480 a. C. - Pella, 406 a. C.), es uno de los tres grandes poetas trágicos griegos de la antigüedad, junto con Esquilo y Sófocles. *Tragedias*. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos. *Volumen I: El Cíclope. Alceste. Medea. Los Heraclidas. Hipólito. Andrómaca. Hécuba*. 1990 [1ª edición, 5ª impresión]. ISBN 978-84-249-3484-2.